

las nobles artes, y aun alguna vez de las raridades naturales. La descripción de la Grecia, la única obra que de él nos ha quedado, llena de exquisitas noticias mitológicas, históricas y geográficas de los templos, de los edificios, de las estatuas, de las pinturas, de las fiestas, de las costumbres, de las tradiciones populares, de los fenómenos naturales, y de todas las raridades de la naturaleza y del arte, es un verdadero viage pintoresco de la Grecia, y forma, por decirlo así, una geografía de las nobles artes, y un precioso tesoro para los amantes de la antigüedad y del buen gusto. A principios del siglo IV se vió de algun modo santificada la geografía por medio de otro griego, escribiendo Eusebio Cesariense dos libros sobre los lugares y las ciudades de la Sagrada Escritura, que traducidos y corregidos por San Gerónimo, fueron los fundamentos sobre que posteriormente se elevó el edificio de la geografía sagrada. Otro griego, á saber el gramático Estefano, compuso en nueva forma una obra geográfica, intitulada *E'θνικά*, donde buscando particularmente los nombres patronímicos, acarreó muchas

Eusebio.

Estefano.

chas luces á la geografía, y formó de algun modo un diccionario geográfico. No fueron tan industriosos los Romanos, aunque tambien se dedicaron con ardor al estudio de la geografía. Solino no fue mas que un compendiador de Plinio en la parte geográfica: de Julio Onorio orador no tenemos mas que algunos pocos fragmentos: Paulo Orosio escribió de geografía, pero solo para que sirviese de introducción á su historia: la cosmografía de Etico, y el libro de los rios de Vibio Sequestro nos dan alguna mayor luz, pero no muy digna de aprecio. Parece que el estudio de los Romanos en esta parte solo se dirigiese á entender mejor la historia, y á la economía y la milicia. El retórico Eumenio en la oración que hizo por el restablecimiento de las escuelas *Menianas*, ó sea de Autun en Francia, hace ver como en los pórticos de aquellas escuelas habia pintadas para instrucción de la juventud copiosas cartas geográficas, con el fin de tener siempre presentes las ciudades y las provincias, las tierras y los mares conquistados y dominados por el valor de los príncipes del imperio. *Illic*, di-

Geógrafos Romanos.

ce al presidente de la Galia, *illic ut ipse vidisti... omnium cum nominibus suis locorum situs, spatia, intervalla descripta sunt, quidquid ubique fluminum oritur et conditur, quacumque se littorum sinus fleunt, quorve ambitus cingit orbem, vel irrumpit oceanus, ibi fortissimorum imperatorum pulcherrimae res gestae per diversa regionum argumenta recolantur &c. &c.* Seame lícito hacer aqui una breve reflexión sobre la desgraciada suerte de los mas preciosos fragmentos de la antigüedad. ¡Qué inestimable monumento de la geografía antigua no habrán sido aquellos mármoles de las escuelas de Autun, donde se presentaban tantas noticias geográficas, y con tanta exâctitud! Se cree que Eumenio recitase esta oracion en el año 298, y habla ya de tales descripciones como de cosa antigua, de cuya formacion no se conservaba noticia alguna. ¿Quál, pues, no habrá sido la antigüedad, y cuál no sería ahora el mérito de este monumento si pudieramos encontrarlo? Se ha descubierto, pues, en este siglo un fragmento tan precioso con júbilo de los eruditos, como se ve en una carta del P. l' Em-

Empereur, inserta en el *Diario de Bre-  
voux* (a), y despues, con escándalo de los antiqüarios y de las personas de buen gusto, ha sido sepultado en los cimientos de una fábrica, como justamente se lamenta el docto Schoepflin en una carta á Scheyb (b); y, lo que es aun más sensible, ha sido arrebatado á la erudita curiosidad antes de que se le diese alguna ilustracion, y sin haber sido apenas conocido y visto más que de pocos. Ahora el monumento mas antiguo que tenemos perteneciente de algun modo á la antigüedad geográfica, son los fragmentos del mapa topográfico de Roma, hecho en mosaico en el pavimento del templo de Rómulo en tiempo de Septimio Severo, que en el dia forman el erudito ornamento de la escalera del Museo Capitolino, y que doc-  
tamente ilustrados por Bellori (c) dan muchas luces para la inteligencia de las antigüedades romanas. Esta, y tantas otras antiguas memorias, nos presentan una nue-  
va

(a) An. 1706, m. Dec. (b) *V. Tab. Penting. à Fr. Christoph Scheyb. Vindob. MDCCLIII pag. 26.* (c) *Ichnogr. vet. Romae.*

va idea de la grandeza romana. ¿Qué vienen á ser los mas grandiosos mapas topográficos de nuestros tiempos comparados con aquel vastísimo mosayco, donde se veían competir la exáctitud con la grandiosidad? ¿Qué amor de conocimientos geográficos no ardería en el corazón de los Romanos, quando en las paredes, en los pavimentos, y á do quiera que volviesen los ojos querian recrearse con vistas geográficas? Pero monumento que verdaderamente pueda llamarse carta geográfica, aunque de gusto muy diverso, no solo de las nuestras, sino también de las de Agatodemonés, las mas antiguas que se conocen, es la célebre tabla Peutingeriana, que es un larguísimo pergamino á manera de una gran faxa poco mas de un pie de ancho, y veinte y uno y un cuarto de largo, que representa una tabla itineraria formada de orden del Emperador Teodosio, segun se cree, hácia fines del siglo IV. Esta tabla, que despues de varias vicisitudes llegó á manos de Conrado Peutinger, y por ello es conocida con el nombre de *Peutingeriana*, fue pérdida de nuevo, y encontrada despues de muchos años, y pu-

Tabla  
Peutingeriana.

publicada en parte por Velser, y despues por nuevas vicisitudes vino á poder del príncipe Eugenio, y ahora se conserva como preciosa joya en la biblioteca cesarea de Viena, ha merecido varias ediciones é ilustraciones de Hortelio (a), de Bentí (b), de Arnold (c), de Horn (d), de Bergier (e), y finalmente una muy estimada y magnífica de Scheyb. Esta no es una tabla geográfica con las rigurosas dimensiones de longitud y latitud; pero sí una tabla itineraria, que señala los caminos, nota las distancias, presenta mares y rios, casas y otros edificios, y junta con frecuencia á los nombres de las ciudades otras noticias pertenecientes á la historia y á la geografia; por lo qual es con razon considerada de los geógrafos y de los antiqüarios como un riquísimo tesoro de segura y util erudicion. Alabamos en los antiguos la inteligencia y el buen gusto en las

(a) *Ortelii Theatri parergen.* (b) *Theatr. geogr. vet. t. poster.* (c) *M. Velseri. . . . Opera histor. et philos. Cur Christi Arnoldo . . . .* (d) *Acuratissima Orbis delineatio, sive Geogr. &c.* (e) *Hist. des grands chemins, &c.*

las artes y en las buenas letras; pero nos burlamos con sobrada ligereza de sus conocimientos en materias científicas: y la tabla Peutingeriana mas ha sido objeto de las censuras de los matemáticos, que de las delicias de los antiqüarios. Un pie de ancho, y 21 de largo para señalar un espacio de 13 grados de latitud, y 18 de longitud, parecia á los geógrafos matemáticos un absurdo tal, que no querian mirar aquella tabla mas que como una rústica y groséra obra de un soldado ignorante. Solo el ingles Edmundo Brutz ha tenido valor para sostener, que el escorzo de esta tabla tenia su punto de vista para ver los objetos en su natural proporcion. Mas justamente pensaba el docto geógrafo frances Buache que se hubiese hecho con estudio dicha reduccion, porque siendo casi todos los caminos romanos de oriente á poniente, se necesitaba mayor exâctitud en la longitud que en la latitud, y por ello esta carta era tanto mas larga que ancha. Una carta de la Europa, segun la geografia fisica de dicho Buache, relativa á los climas y á las zonas, y escorzada de levante á poniente le sugirió el pensamien-

to

to de que semejante á ésta, pero escorzada de septentrion á medio dia, pudiese ser la tabla Peutingeriana; y haciendo una prueba con exâctitud, encontró no ser realmente otra cosa dicha tabla que una carta plana hecha por dos escalas diversas, grande y extensa la de la longitud, y abreviada y reducida la de la latitud, y ser por consiguiente compuesta con una inteligencia del arte de la proyeccion, de que no se creía capaz aquella edad; y con este juicio dió un laudable exemplo á los pretendidos filósofos modernos para no despreciar con ligereza, sino estudiar con atención las obras de la antigüedad. Tantas fatigas de los antiguos, y singularmente de los Griegos, para ilustrar la geografia, nos dan motivo para creer que se internaron bastante en los conocimientos geográficos, lo que no parece compatible con las vanas preocupaciones en que se cree que vivieron sobre estas materias. ¿Cómo era posible que unos matemáticos y físicos tan ilustrados negasen la existencia de los antípodas, y creyesen inhabitables las regiones situadas baxo la zona torrida? Veamos con que verdad puedan

Tom. VI.

Oo

atri-

atribuirse á los antiguos semejantes preocupaciones.

Opiniones de los antiguos sobre las tierras habitables.

Que los antiguos no tuviesen por habitable toda la tierra puede probarlo suficientemente la distinción de nombres de tierra, y de tierra habitada, de *γῆ*, y de *οἰκουμένη*. Muchos tuvieron por extraña y absurda opinion el imaginar la existencia de los antípodas; otros aun mas universalmente creyeron del todo inhabitables las tierras situadas baxo la zona torrida, y baxo las dos frias, y generalmente reducian á cortos espacios aquella porcion de tierra, á que concedian habitadores. Aquellos filósofos que creían que la tierra fuese llana como una tabla, ó algo cóncava como una barca, ó bien como un plato, ciertamente no podian creer habitables las regiones opuestas á las nuestras ahora habitadas. Favorino, citado por Laercio (a), decia, que el primero que nombró en la filosofia los antípodas fue Platon; pero el mismo Laercio refiere en otra parte (b) entre las opiniones de Pitágoras,

(a) In *Plat.* XIX. (b) In *Pythag.* XIX.

goras, que la tierra era redonda y habitable en toda su redondez, y que realmente habia antípodas, que ponian sus pies contra los nuestros. Así pensaba tambien Aristóteles (a) y casi todos los filósofos que creían la tierra redonda á modo de globo. Gemino por dos veces (b) supone la existencia de los antípodas, y aunque expresamente confiesa no tener noticia alguna histórica, sin embargo no puede dudar de ella por las razones físicas y matemáticas que la prueban. Ciceron nos refiere esta opinion como comun entre los filósofos, y él mismo manifiesta tambien abrazarla (c). Estrabon (d) francamente, y sin limitacion asegura saberse que habia antípodas. Y Plinio llama la question sobre los antípodas fuerte contienda entre literatos é ignorantes, siendo comun entre aquellos la sentencia afirmativa, al paso que las personas rústicas y vulgares dificultaban darle asenso. Pero la verdadera doctrina de los filósofos se

Oo 2 fue

(a) *De Caelo et al.* (b) *Elem. Astr.* c. IV et XIII. (c) *Sonn. Scip.* VI. (d) *Lib. I.*

atribuirse á los antiguos semejantes preocupaciones.

Opiniones de los antiguos sobre las tierras habitables.

Que los antiguos no tuviesen por habitable toda la tierra puede probarlo suficientemente la distincion de nombres de tierra, y de tierra habitada, de γῆ, y de

οἰκουμένη. Muchos tuvieron por extraña y absurda opinion el imaginar la existencia de los antípodas; otros aun mas universalmente creyeron del todo inhabitables las tierras situadas baxo la zona torrida, y baxo las dos frias, y generalmente reducian á cortos espacios aquella porcion de tierra, á que concedian habitantes. Aquellos filósofos que creían que la tierra fuese llana como una tabla, ó algo cóncava como una barca, ó bien como un plato, ciertamente no podian creer habitables las regiones opuestas á las nuestras ahora habitadas. Favorino, citado por Laercio (a), decia, que el primero que nombró en la filosofia los antípodas fue Platon; pero el mismo Laercio refiere en otra parte (b) entre las opiniones de Pitágoras,

(a) In Plat. XIX. (b) In Pythag. XIX.

goras, que la tierra era redonda y habitable en toda su redondez, y que realmente habia antípodas, que ponian sus pies contra los nuestros. Asi pensaba tambien Aristóteles (a) y casi todos los filósofos que creían la tierra redonda á modo de globo. Gemino por dos veces (b) supone la existencia de los antípodas, y aunque expresamente confiesa no tener noticia alguna histórica, sin embargo no puede dudar de ella por las razones fisicas y matemáticas que la prueban. Ciceron nos refiere esta opinion como comun entre los filósofos, y él mismo manifiesta tambien abrazarla (c). Estrabon (d) francamente, y sin limitacion asegura saberse que habia antípodas. Y Plinio llama la questão sobre los antípodas fuerte contienda entre literatos é ignorantes, siendo comun entre aquellos la sentencia afirmativa, al paso que las personas rústicas y vulgares dificultaban darle asenso. Pero la verdadera doctrina de los filósofos se

Oo 2 fue

(a) De Caelo et al. (b) Elem. Astr. c. IV et XIII. (c) Somn. Scip. VI. (d) Lib. I.

fue olvidando aun entre los literatos, y éstos vinieron finalmente á pensar en esta parte como el vulgo, y á burlarse de dicha opinion; y asi vemos que Plutarco introduce un Farnaces filósofo (a), y Luciano un Demonactes (b), que hablan de ella como de una sentencia vana y obscura, y presentan tales razones, que dan bien á conocer no haber mirado jamas con atencion los fundamentos sobre que se apoyaban los verdaderos filósofos. Asi Lactancio y San Agustin desechan como falsa y contraria á la razon y al juicio, y aun de algun modo á la religion, la opinion de la existencia de los antípodas; y Aquiles Stacio (c) dice, que acerca de los antípodas habia grandes disputas. Seame lícito rebatir aqui brevemente una acusacion fastidiosamente repetida por muchos filósofos y teólogos contra el Papa Zacarias, y aun contra la infalibilidad pontificia, por haber, como ellos dicen, declarado herege á un eclesiástico llamado Virgilio.

(a) *Comment. de fac. quae in Orbe Lunae apparent.* (b) *In Demon.* (c) *Isag. in philosoph.*

gilio, porque defendia la existencia de los antípodas. La sencilla exposicion del hecho, referida por Baronio y por Pagi (a), destruye una acusacion repetida tantas veces, y con tanta ligereza. San Bonifacio, obispo de Maguncia, habia escrito al Papa Zacarias varias acusaciones contra Virgilio, que sembraba discordias entre él y el duque Odilon, que decia haber obtenido de la santa Sede el obispado vacante, y que enseñaba encontrarse un nuevo mundo iluminado por otro sol, y por otra luna: y el Papa responde á nuestro propósito *De perversa autem doctrina, quam contra Dominum et animam suam locutus est, quod scilicet alius mundus, et alii homines sub terra sint, aliusque sol et luna, si convictus fuerit ita confiteri; hunc accito concilio ab ecclesia pelle sacerdotii honore privatum.* No es ésta, como todos ven, decision de fe, sino respuesta privada; no acerca de los antípodas, sino sobre un otro mundo, otros hombres, otro sol y otra luna, no declaracion de heregia, sino ine-

(a) *Ad an. 748.*

tinacion de pena eclesiástica, y esta sólo después de un atento exámen, y un completo convencimiento. Baronio hablando de estas acusaciones de San Bonifacio contra Virgilio añade: *Quas tamen non veritas, sed calumnia eidem suggestisset*; y Paudice dice que no se sabe qual fuese el éxito de esta causa. Tal vez Virgilio enseñaría cosas muy diferentes de las que le imputaban; tal vez encontrándose no ser otra su doctrina que la bastante comun de la existencia de los antípodas, se le absolvería de toda censura; tal vez..... Pero basta para nuestro intento no ver aquí nombrados los antípodas, y oír solo otro mundo, otros hombres, otro sol y otra luna, que no sabemos de que modo lo entendiese Virgilio, para concluir sin duda alguna, que vanamente se acusa al romano pontífice de haber condenado como un error heretical la verdad de la existencia de los antípodas. Sin embargo no negaremos que algunos impusieron la tacha de error de fe á esta verdadera opinion, porque creyendo inhabitable é intransitable la zona torrida, no sabian combinar la existencia de tales hombres con su descen-

dencia de Adán, y con los textos de la Escritura, que dicen provenir de un hombre solo todo el genero humano; y en efecto asi parece haber pensado San Agustín quando impugna dicha opinion. (a)

No los textos de la Escritura, sino falsas razones físicas induxeron á los antiguos á creer inhabitables la zona torrida y las dos frias, pensando que el demasiado calor en la una, y el excesivo frio en las otras hiciese aquellas regiones incapaces de ser cultivadas y habitadas. Esta opinion, que era comun á los filósofos, á los poetas, á los oradores y al vulgo, empezó á ser combatida por lo que mira á la torrida, que estaba mas inmediata, y era mas conocida. Aquiles Stacio, en un fragmento publicado por Victorio, y referido por Petavio (b), dice, que el estoico Panecio, y el académico Eudoro, querian que fuese habitable la zona torrida, y que la fuerza de los etesios, vientos regulares y constantes del norduest, y los frescos vapores

Habitacion de la zona torrida.

(a) *De Civ. Dei* XVI, IX. (b) *De doctr. temp.* tom. III.



res del mar océano templasen el calor que debía causar el sol en aquellas regiones. Estrabon (a) cita otros autores mas respetables á favor de la poblacion de la torrida. El doctísimo Eratostenes queria que fuesen templadas y habitables las regiones comprehendidas baxo la línea; Polibio daba ademas la razon, diciendo, que por ser altísimas, y estar bañadas por las nubes septentrionales, llevadas allá por los etesios, gozan de un ayre mas suave y mas templado; y á esta eminente elevacion de las tierras equinocciales se oponia Posidonio, porque falsamente la creía contraria á la figura esférica de la tierra. Gemino, escritor astronómico, y mas antiguo que Estrabon, y por esto mas proporcionado para saber la verdad, atribuye á Polibio una razon mas filosófica que la altura de las tierras equinocciales, y las nubes septentrionales llevadas allá por los etesios. Habla sobre si son habitables diversos sitios de la tierra (b); y despues de haber impugnado la opinion de Cleantes

(a) Lib. II. (b) *Elem. astr.* Lib. XIII.

filósofo estoico, y de Crates gramático, los cuales querian que el océano estuviese esparcido por todo el espacio comprehendido entre los trópicos, y despues de haber probado con las historias de los reyes de Alexandria, que de 16800 estadios, contados desde el trópico de cancer hasta el equinoccial, habia descubiertos cerca de 8800 habitados (\*), dice haber propuesto muchos la cuestión, de si debian creerse mas habitables las tierras existentes en medio de la torrida, ó las de la extremidad. Y á este propósito nos da noticia de un libro escrito por Polibio sobre

la *Tom. VI.* Pp. 297

(\*) Sigo la traduccion latina, donde los números estan señalados con cifras arábicas, encontrandose en el texto con caracteres griegos facilísimos de equivocar por los copiantes, como en efecto parece haber sucedido en este pasage de Gemino. Estrabon á este propósito, hablando de Posidonio (*lib. II.*), forma otro cálculo, segun el qual desde el trópico al equador resultan no 16800, sino 21800, y de estos 13000 habitados y conocidos; y su cálculo está en números escritos extensamente no con caracteres solos. Pero Gemino en todo aquel capítulo extiende un cálculo mas matemático, del qual resultan los números expresados en la traduccion, aplicados exáctamente á este pasage.